



MULEY-ABBAS

Generalísimo del ejército Marroquí

dean su cabeza y su cuello completamente, marcan las principales líneas de su cuerpo y flotan al fin casi rozando con la tierra, pero dejando ver unas botas de rico tafilite amarillo, bordadas de seda, sin suela ni tacon, muy arrugadas ó rizadas, y reducidas á la forma de la pierna. Un ancho feston de seda azul sujeta la capucha del jaique sobre su cabeza pasando una línea que á lo lejos parece una corona triunfal ó sagrada, como la que usaban los druidas.

Todo este traje luce por su riqueza y por su sencillez; ni un bordado, ni un adorno, ni un hilo de oro, nada interrumpe la severidad de aquella elegante y artística figura, que parece tallada en mármol griego.

Solo lleva como recuerdo, distintivo de raza ó signo de autoridad, un rosario de ámbar negro liado á la muñeca derecha, un diminuto arete de oro en una oreja y un anillo blanco egipcio en el dedo meñique de la mano izquierda. El rosario se lo saca frecuentemente del brazo como una dama se quita una pulsera, y aspira con placer el aroma que despide.

El rostro del emir tiene todos los caracteres de la verdadera belleza meridional: recuerdo al Eliezer de nuestros pintores valencianos es muy moreno, y lo parece mas por estar su semblante rodeado, como el de las monjas, por una toca de deslumbradora blancura. Su barba negra, larga y sedosa, ondula á merced del aire, y en ella blanquea alguna que otra cana.

Sin embargo el príncipe no pasará de los treinta y cinco años. Su perfil llama la atención por la limpieza y majestad de la línea; la nariz es bien proporcionada; la frente noble, la boca un tanto africana, pero rasgada con energía, y dejando ver una dentadura tan blanca y tan brillante que parece de trasparente nacar. Sus ojos, negros y tristes, miran con calma y lentitud. A divínase todo el fuego que puede llegar á animarlos al ver la rigidez que los mantiene abiertos ó la pesantez con que se cierran; pero mientras yo lo estuve mirando, aquellos ojos parecían apagados, como si todo el calor y la vida del emir hubiesen refluido á su corazón.

Finalmente, Muley-Abbas estaba abatido, pero circunspecto: triste, pero digno y respetable: vencido, pero no domado: humillado, pero sin haber perdido el aprecio de sí propio. Conociase que se hallaba satisfecho de su conducta, si bien disgustado de la de los demas, y sobre todo de su suerte.

Su humildad era resignación. Su mansedumbre, patriotismo. El vencido general inspiraba, pues, una compasión y un respeto

que no deben confundirse con la piedad ni con la lástima: yo, á lo menos, al verle acariciarse la barba con aquella mano desnuda, fina y correctamente delineada; al ver sus ojos parados y como fijos en remotos horizontes; al oír su palabra viva, ligera, breve, sonora, como un eco metálico; al contemplar, en fin, su grandiosa figura, tan llena de majestad y de pesadumbre, esperímenté una viva simpatía hácia aquel enemigo de mi Dios y de mi patria... Y fue acaso que lo ví con ojos de artista, y que personifiqué en él al desgraciado y valeroso Muza, á quien aman todavía en Granada los vigésimos nietos de los conquistadores de la Alhambra.

El parte que el duque de Tetuan remitió á Madrid luego despues de haber tenido lugar la interesantísima entrevista que dejamos descrita, está concebido en los siguientes términos:

Cuartel general de Tetuan 23 de Febrero de 1860.

Hoy á las doce se me ha presentado un comisionado de Muley-Abbas, hermano del Emperador, califa y segundo del Imperio, manifestándome que aquel se hallaba sobre el camino de Tánger, á una hora corta de distancia de los puestos avanzados, con objeto de asistir á la entrevista que le habia indicado; en su consecuencia, marché yo también á aquel punto con mi cuartel general.

Muley-Abbas, que para venir á esta conferencia ha tenido que hacer una marcha de cuatro leguas, me esperaba acompañado del ministro Mohamed-el-Ketib, segun yo habia exigido. Se ha dado principio á la discusión por el punto concerniente á la cesion de la ciudad de Tetuan; el Ketib há manifestado que les era imposible conceder lo que se les exigia. Dí yo por terminada la entrevista y me levanté accediendo despues á continuarla instado por Abbas. Espuso el Ketib acto seguido, que asunto tan grave no lo podian resolver no habiendo recibido aun la contestacion del Emperador á las condiciones de paz, por lo cual pedian que se les concediese algunos dias mas de plazo.

Yo he creido que no debia acceder á la prórroga, y despues de haber prolongado la discusión y visto que no era posible la avenencia, he puesto fin á las entrevistas, espresando que desde mañana quedaba en completa libertad de obrar.

Pienso hacerlo así, y voy á conferenciar al efecto con el general Bustillos.

La conducta prudente y digna á la vez que en esta ocasion ha seguido el caudillo de Africa, ha merecido el elogio de todos los españoles. El gobierno, que no ha deseado la prosecucion de la guerra á toda costa, hubiera puesto fin á ella con condiciones honrosas y dignas para nuestra patria, á las cuales no solo le daban derecho las legítimas causas que obligaron á España á salir por su honra ofendida y sus intereses lastimados, sino también

los continuados y brillantes triunfos que nuestro valiente ejército ha alcanzado desde el principio de la campaña.

Si los marroquies doblegándose á influencias estrañas, ó por cuenta propia, no se consideran aun bastante escarmentados y vencidos, no serán de seguro los que mas ganen en ello, y las operaciones sucesivas que seguirán con la misma energia y actividad que hasta aquí, les harán entender que han dejado escapar una ocasion favorable que no es facil se les vuelva á las manos. Los nuevos sacrificios que España está dispuesta á hacer y las victorias sucesivas que aguardan á nuestro esforzado ejército, van de aumentar naturalmente las exigencias para el dia que vuelvan á solicitar lo que hoy han despreciado. Si no tuviésemos en cuenta la sangre de los soldados y el sudor de los pueblos que tan generosamente se prodigan en la empresa acometida, nos daríamos el parabien por el mal éxito de unas negociaciones que ya no volverán á entablarse, sino bajo condiciones mas ventajosas aun para nosotros que las que han sido últimamente desechadas.

Ignoramos completamente si el Gobierno marroquí al proponerla paz la deseaba realmente, ó si la propuso con el solo objeto de obtener una tregua y ganar algun tiempo para rehacer su ejército destrozado por las continuas derrotas que habia sufrido. Hay quien cree lo primero; hay quien cree que el Gobierno marroquí desesperado y convencido de su impotencia, pidió la paz con el propósito de aceptar las condiciones que le impusiere el vencedor aunque de antemano presumia que no podian ser muy blandas, acendida la razon que asistió á España para declararle la guerra y la constancia con que durante la campaña la justa causa se vió favorecida por la suerte de las armas, si fuese cierta esa sinceridad con que en concepto de algunos los marroquies pedian la paz, nos inclinaríamos á atribuir á los manejos de un personaje extranjero, á quien han hecho funestamente célebre sus simpatías á favor de los salvajes piratas, su resolucion de no aceptar las condiciones que se les han presentado, como si de repente se hubiese reanimado su caída esperanza ó se les hubiese ofrecido de improviso algun auxilio muy poderoso.

¿Pero qué auxilio puede ser ese? Un auxilio puramente moral de nada absolutamente les serviria, y un auxilio material no habrá potencia alguna que se atreva á dárselo, porque hasta el egoísmo de la Nacion mas utilitaria retrocederia ante un escándalo que sublevaria contra ella la conciencia pública del mundo civilizado.

lizado. Y la verdad sea dicha, si hay algun diplomático que haya procurado inspirar aliento á los asendereados marroquíes, ya sea obligándoles con la promesa de auxilios que nunca les llegarán, ya sea inculcándoles la idea de que ellos solos son suficientes para poner un dique al torrente invasor que amenaza inundarles, este diplomático no hará mas que acelerar y consumir la ruina de los mismos de quienes se ha declarado protector oficioso. Poco importa que obre de *motu-proprio* ú obediente á las instrucciones del Gobierno á quien sirve; el resultado será de todos modos siempre el mismo. Retardar el restablecimiento de la paz es aumentar el precio con que los marroquíes tendrán que comprarla.

No crean, no, nuestros enemigos, que España, que está dispuesta á derramar toda su sangre para hacer prevalecer su derecho se siente debilitada por la que ha derramado hasta ahora. Aun puede sin estenuarse verterla á torrentes, y en este momento en que van á empezar de nuevo las hostilidades, los marroquíes nos hallarán tan numerosos y fuertes como sino hubiésemos perdido un solo soldado. Los españoles tienen fama de tenaces: están acostumbrados á las guerras largas, y son belicosos por hábito y por instinto. Su pátrio suelo ha sido casi siempre un campo de batalla: cuando no ha sido teatro de guerras civiles, lo ha sido de guerras extranjeras, siendo en él donde se han representado los mayores espectáculos históricos, todos los actos del gran drama de los siglos, como diria Victor Hugo: en el donde lucharon la Europa y el Africa, el Oriente y el Occidente, el Mediodia y el Septentrion. Teniendo, como tenemos, razon, la guerra durará tanto como dure la obstinacion de los marroquíes en rechazar las condiciones bajo las cuales la paz se les concede; teniendo, como tenemos, razon, es inútil esperar que el cansancio nos obligue á desistir de sostenerla.

Trabajo nos cuesta aceptar la opinion de los que piensan que los marroquíes al solicitar la paz se proponian solo ganar tiempo. ¿Qué tregua habia de ser suficiente para repararse de sus grandes descalabros? ¿O se figuraban acaso que durante las negociaciones la España quedaria tranquilamente dormida y suspenderia sus belicosos aprestos? Necesario seria que fuesen ellos muy torpes para creer que nosotros habíamos de serlo tanto. ¿Como, pues se esplica su resolucio de no aceptar las condiciones bajo las cuales se les concedia la paz que imploraron? De ninguna manera; se han hecho sin duda ilusiones que se disiparán completamente á los primeros movimientos de nuestro ejército. Si estas ilusiones

han nacido espontáneamente en su ánimo, ó si las ha sembrado en él algun interventor oficioso y no muy bien intencionado, nos lo dirá muy pronto el tiempo.

Sabido es que el duque de Tetuan, cuya prevision y perspicacia son casi proverbiales, no suspendió ni un solo momento los aprestos necesarios para proseguir la campaña durante el breve plazo que se tomó el Gobierno para formular las proposiciones de paz y el que otorgó al enemigo para aceptarlas ó rechazarlas definitivamente. Como nuestro ejército, gracias á su valor y á su buena direccion, ha alcanzado una victoria tras otra sin sufrir ningun descalabro, necesitaba mucho menos tiempo que el marroquí para reponerse de sus pérdidas y fatigas, y de consiguiente la pequeña tregua, armisticio ó suspension de hostilidades que sucedió á la batalla de Tetuan, le ha sido mucho mas beneficiosa que á las tropas que manda Muley-Abbas, el cual se hizo tal vez la ilusion de que durante ella los españoles se dormirian sobre sus laureles y les encontrarian despues desprevenidos. La tregua, insuficiente para repararse él, ha bastado para reponerse los espedicionarios. Hoy nuestro ejército de Africa es mas fuerte y ardiente en deseos de batirse que al romperse las hostilidades. ¿Puede decir Muley-Abbas lo mismo del que él acaudilla?

Se ha apoderado de los moros despues de tantos desastres, un terror que contrasta singularmente con el arrojo que manifestaron en sus primeros encuentros, debido en gran parte á la falsa idea que les hicieron concebir algunos agentes estrangeros acerca del poder de España y del denuedo de sus hijos. Hoy, que han probado el temple de nuestras bayonetas, las temen tanto como las de los franceses, y se ha apoderado de ellos un abatimiento moral de que solo podria sacarles algunos triunfos que vuelve imposibles este mismo abatimiento. Pelean con la conviccion de que no pueden ser vencedores, y nuestros soldados con la de que no pueden ser vencidos.

Quando tantas probabilidades se tienen de alcanzar nuevas victorias, no debe estrañarse la impaciencia de los que desean que se lleven adelante con toda actividad las operaciones y que el telégrafo les comunique pronto su resultado. Temen al parecer, que el enemigo se rehaga, y consideran oportuno que el general en jefe se aproveche de su desaliento. Nosotros escusamos esa impaciencia, aunque no participamos de ella, ó por mejor decir, aunque participamos de ella, se nos ocurren reflexiones suficientes para reprimirlas. A mas de lo muy persuadidos que estamos

de que no hay tiempo que baste á reanimar las moribundas esperanzas de los marroquíes, el general en jefe en su larga carrera militar nos ha acostumbrado á aguardar con calma los hechos que han de depender de su accion, porque él todo lo premedita y precave, y sus golpes son alguna vez tardios, pero en cambio son siempre seguros. Raramente se concilian en un mismo individuo tanta energía y tanta prevision, tanto valor y tanta prudencia, y solo esa combinacion de dotes, que tan generalmente se rechazan, constituye los grandes capitanes.

No se nos oculta que el tiempo apremia. Es necesario no dejar pasar la estacion favorable sin haber reducido á los marroquíes á la impotencia, porque mas adelante ellos tendrán un auxiliar en la estacion que en Africa es funesta para los que no son indigenas. Pero acaso en los españoles, que son entre los europeos los que mejor sobrellevan las influencias estacionales y climatéricas, no causen las abrasadas comarcas de Africa tantos estragos como se están anunciando. De todos modos, no se puede hacer mas de lo que se hace: el general en jefe tiene en cuenta los apuros en que podria poner al ejercito de su mando el verano, que tan riguroso es en Marruecos, y antes que se eche encima, como vulgarmente se dice, España habrá obtenido todas las ventajas que de la guerra puede prometerse. Los retardos, si alguno hay, se esplican facilmente. Parece que en las operaciones sucesivas la marina ha de ejercer una intervencion muy directa; y la marina desgraciadamente no funciona cuando y como quiere, sino cuando y como se lo permiten los elementos con que incesantemente lucha, y que son con frecuencia superiores á la voluntad y á la fuerza de los hombres. No por acelerar el momento de que nos anuncie el Telégrafo una fausta nueva se querrá esponernos á que nos anuncie un desastre. Afortunadamente no está la suerte de nuestras armas confiada á ningun empírico, sino á un militar consumado que tiene dadas como el que mas, pruebas irrecusables de talento y prudencia.

La guerra, pues, va á continuar con el mayor ardimiento si cabe que al principio de la campaña. Nuevos triunfos vendrán á justificar nuevas exigencias; pero mientras llega el dia en que estas se determinen, no parecerá estemporáneo que hablemos de las franquicias y libertades que todo cristiano, no solo español, sino de cualquiera nacion que sea, debe disfrutar en Marruecos, Fez y demas ciudades del interior del Imperio. Es vergonzoso para toda Europa que en esos antros de fieras, que no ciudades

civilizadas, se mire á cualquier cristiano como á una alimaña que sea lícito matar de una manera cruel. Y lo mas vergonzoso del caso es que en tiempos en que la Europa tenia menos conocimiento de sus fuerzas y de los derechos de la civilizacion, las cosas pasaban muy de otra manera. En Fez, Marruecos y en Mequinez habia tiendas y calles de mercaderes genoveses, españoles, flamencos y de todas las Naciones, gozando de cierta holgura para entregarse á sus tratos y comercio.

En Cadiz y Sevilla las comunicaciones eran tan seguras y regulares que con quince ó veinte dias habia suficiente plazo para enviar cartas y recaudos y recibir contestacion y respuesta. Los misioneros cruzaban sino con tranquilidad, al menos sin conocido riesgo, aquellos caminos y soledades sin recibir mal trato y algunas veces con todo respeto y reverencia por los bienes y servicios que por todas partes iban derramando. Póngase en parangon tal estado de cosas con lo que pasa en ese imperio un siglo hace, y digásenos si no debe causar rubor tal sufrimiento. Dos causas poderosas han influido para tan lastimosa degeneracion.

La dinastia actual, despues del reinado de Sidi-Mohamed, ha tenido por único objeto el embrutecer el pais separándolo de todo contacto con los cristianos, es decir, con el germen único de la civilizacion. La presencia de las cristianas cautivas en los palacios de la familia real, creaba ciertas necesidades que solo el comercio extranjero podia suplir y por otra parte, las prácticas y creencias de aquellas infelices que algunas veces llegaban á ser sultanas y madres de emperadores y principes, hacian mas tratable y menos cruel la intolerancia musulmana. Todo esto ha desaparecido, y la presencia de un solo cristiano entre aquellas hordas de salvajes, escita la rabia y el frenesi.

La dinastia reinante ha tomado por medio para este embrutecimiento el fiar casi su seguridad y la del Estado á la raza negra, reclutando esta parte influyente de la poblacion con lo mas bárbaro y salvaje de las tribus infelices de la Nigracia, que para conseguir la confianza del soberano y gran poder en el Estado, solo necesita aborrecer á todo trance el nombre de cristiano y no soñar siquiera en alcanzar el conocimiento de la dignidad humana y del libre alvedrio. Y ¡cosa singular! esa Inglaterra, que de buena fé trabaja en la emancipacion de la raza de Cain, es la que influye mas en mantener semejante abyeccion en una parte privilegiada del antiguo continente, como lo es la costa septentrional de Africa que abraza el imperio de Marruecos.